

Las ciencias, la tecnología moderna y la biotecnología en particular, no cabe duda que en los últimos años han avanzado tanto y tan deprisa, que están resolviendo problemas o desvelando secretos e incógnitas que hasta hace muy poco resultaban tan difíciles e intrincados que éramos incapaces de llegar a conocer la verdad. No hay más que ver los numerosos e importantes temas que, recientemente, se están aclarando, gracias, por ejemplo, al carbono 16 o al ADN en la biología humana y en la detección de la paternidad, singularmente.

Pero, entre todas las ciencias modernas, quizá en donde más se haya avanzado, de forma espectacular, creemos que ha sido en el campo, ya muy desarrollado, de los ordenadores. Desde luego, para los que escribimos ha sido un adelanto tan sensacional y práctico que nunca nos cansaremos de ponderarlo y alabarlo; un alivio enorme para todos los escritores que antes debíamos estar aporreando la vieja máquina y haciendo copias y más copias con papel de carboncillo. Y una de las incontables ayudas que nos proporcionan estos sofisticados y prácticos aparatos, es en el campo de la investigación, ya sea literaria, filológica, historiadora o, simplemente, para todos los escritores que tratan de escudriñar en temas del presente o del pasado.

Hoy vamos hablar de un tema que está íntimamente ligado con el inmortal libro de Cervantes, el Quijote, aprovechando que este año se cumple el IV Aniversario de su nacimiento en una imprenta madrileña, por lo que opinamos que es oportuno y curioso darlo a conocer. Por el título de este editorial, ya se habrán imaginado nuestros lectores que nos estamos refiriendo a la persona que se escondía bajo el seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda; es decir, el verdadero autor del apócrifo Quijote.

El descubridor de esa persona que se ocultaba bajo el apodo de Avellaneda, ha sido un eminente profesor de literatura española en el "Granate Center de Nueva York", D. José Luis de Madrigal, al publicar en la revista "Voz y Letra", un ensayo que se ha considerado como una bomba literaria, ya que ha dado a conocer -por medio de la tecnología de los citados ordenadores- al anónimo escritor y a asegurar que se trata de otra de las grandes figuras de la literatura del Siglo de Oro español. Nada más y nada menos que fray Gabriel Téllez, el famoso fraile

¿RESUELTO EL ENIGMA DEL QUIJOTE APOCRIFO DE AVELLANEDA?

mercedario, más conocido en la literatura por el sobrenombre de Tirso de Molina.

Y se preguntarán ustedes, ¿por qué un escritor de tanta talla y de tanto prestigio como gozaba en el Madrid de aquellos años, se decidió, no a plagiar, pero si a apoderarse de unos personajes tan paradigmáticos como don Quijote y Sancho Panza, tratando de continuar la magistral obra que había ideado y publicado Miguel de Cervantes?

Según intuye o deduce José Luis de Madrigal, pudo ser por una relación de rivalidad literaria, ya que a principios del siglo XVII, había unas "pequeñas guerras" entre escritores y, particularmente entre los dramaturgos. Cervantes, por ejemplo, se sintió desplazado porque con la irrupción de Lope de Vega, "se alzó con la monarquía de los cómicos"; y, por ello, don Miguel en la primera parte de su Quijote, lanzó un ataque crítico contra "la comedia nueva" a la que equiparó con los libros de caballerías. Este ataque molestó a Tirso de Molina que era un discípulo muy allegado de Lope; pero, además, Cervantes a través de su libro "El Viaje del Parnaso", crítica y se burla de Tirso acusándolo de hipócrita y de melindroso por escribir con seudónimo. Y es que, por aquellos años, un sacerdote como él no podía escribir literatura de entretenimiento.

El hecho es que Tirso de Molina, escribió una continuación del Quijote; y este hecho, reconozcamos que fue muy positivo para que Cervantes se decidiera a escribir su segunda parte, al parecer muy enfadado porque "Avellaneda" hubiera cogido y deformado sus personajes principales y el mensaje de su obra. Sin embargo, opina José Luis de Madrigal que este Quijote apócrifo, es una buena novela, e incluso podría haber sido una de las mejores del siglo XVII, si no se la hubiera comparado, casi por sistema, con la mejor novela de todos los tiempos. Es curio-

so, también, que el Quijote de Avellaneda, obligó a Cervantes a esmerarse, a acentuar su humanismo y realizar una segunda parte más moderna y ambiciosa; y, con la particularidad, de que don Miguel imitara, en parte, algunas cosas de Avellaneda, por la influencia que le produjo la lectura del apócrifo.

Pero, ¿por qué Tirso se disfraza de Avellaneda? Por lo dicho antes, de que un sacerdote no podía publicar "a cara descubierta"; y, también, porque su prestigio de escritor no le permitía apoderarse de unos personajes de otro muy conocido, pues lo podrían acusar de impostor; una cuestión moral que le hubiera provocado una visión muy negativa en el mundillo literario. En el fondo, se apodera de los personajes de Cervantes, porque sentía una gran fascinación de la fantasía y del arte narrativo de Don Miguel.

Finalmente, la pregunta clave: ¿Cómo ha llegado el profesor José Luis de Madrigal a desenmascarar a Tirso de Molina? Especializado desde hace años en la investigación literaria con ordenadores, ha operado con varios escritores de ese siglo, entre ellos Lope de Vega, Tirso de Molina, Mira de Amézcuea... y comparando todos los diálogos del Sancho apócrifo de Avellaneda, ha comprobado que, con el único que se corresponden, es con los personajes graciosos de Tirso de Molina y en cambio nada que ver con los de otros comediógrafos muy conocidos de la época. Al cotejar los textos del Quijote de Avellaneda con la obra teatral de Tirso, ha encontrado un paralelismo abrumador; y esto le ha llevado a concluir que había dado con el verdadero autor del Quijote de Avellaneda. Explica Madrigal diciendo que el idiolecto, es el repertorio del verbal de cualquier persona que siempre aparece de manera inconsciente en su lenguaje.

Hoy pues, vemos que con un buen ordenador se puede rastrear los paralelismos verbales de cualquier escritor, pues es un instrumento tan perfeccionado y útil con el que se puede determinar el empleo del lenguaje de cualquier persona.

En definitiva, nosotros por las razones y demostraciones de investigación que ha hecho Madrigal, creemos que ha dejado al descubierto al verdadero autor del Quijote de Avellaneda, un gran literato del siglo XVII como fue Gabriel Téllez o Tirso de Molina.

JESÚS SEVILLA LOZANO